

**CONTEMPLAR LA VIDA:  
PASEOS, EXCURSIONES Y VIAJES DE CARMEN LAFORET**

**CONTEMPLATE THE LIFE:  
WALKS, EXCURSIONS AND TRAVELS OF CARMEN LAFORET**

**ANA RODRÍGUEZ FISCHER**

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

**Resumen:** Tomando como *corpus* del trabajo los artículos que Carmen Laforet publicó de 1948 a 1953 en el semanario barcelonés *Destino*, en la sección titulada "Puntos de vista de una mujer", y las crónicas de su viaje a Estados Unidos en el otoño de 1965, recogidas en el libro *Paralelo 35*, estudio una faceta poco conocida de la autora: su perfil de paseante por diversas ciudades, de excursionista que se refugia en la naturaleza y de viajera que visita los más destacados enclaves de ese país norteamericano. Analizo en él cómo la escritora extiende una mirada desprejuiciada sobre la realidad y la vida que la rodea y envuelve, guiada por sus apetencias y

gustos, por la curiosidad, atenta a detalles mínimos que estimulan su imaginación, a cualquier novedad o cambio que la impresione e impacte. También analizo la factura narrativa de los mismos: estampas y escenas o relatos articulados en torno a un suceso, una experiencia, un encuentro azaroso o los recuerdos personales. Vemos en ellos a una Carmen Laforet espectadora y oidora -e interlocutora- de la vida contemporánea, atenta siempre a captar esa realidad fluida y en constante movimiento que desfila ante sus ojos

**Palabras clave:** Carmen Laforet, Narrativa española del XX, Literatura de viajes



**Abstract:** Taking as *corpus* of my work the articles published by Carme Laforet between 1948 and 1953 in the review *Destino*, untitled "Puntos de vista de una mujer", and the chronicles about her journey to the United States in the fall of 1965, collected in the book *Paralelo 35*, I study an aspect almost unknown of the Spanish writer: her profile as Walker or *voyeur* in different cities, excursionist who seeks refuge in the Nature or traveller who visits the most relevant places of the USA. I analyze how she projects her unprejudiced watch upon reality and life, taking as a guide only her curi-

osity or personal desires, and paying special attention to anything which stimulates her imagination and causes an *impresión* in mind and heart. I also analyze the narrative aspects of these texts: scenes and descriptions, or small stories about an event, an experience, an unexpected encounter or sudden rememberings. We discover another Carmen Laforet: a woman who watches and hears contemporary life in its great variety.

**Key words:** Carmen Laforet, XXth Century Spanish Narrative, Travel Literature

La lectura de los artículos que Carmen Laforet publicó durante los años de 1948 a 1953 en el semanario barcelonés *Destino*, en la sección titulada "Puntos de vista de una mujer", y recogidos recientemente en volumen homónimo, nos ofrece una serie de datos que iluminan facetas de la vida cotidiana y del fondo personal de la escritora, así como otras notas estrechamente relacionadas con el oficio de escribir, que incluyen abundantes referencias a las numerosas lecturas que iba realizando durante ese tiempo, así como las correspondientes impresiones o juicios valorativos -cuya simple enumeración sería prolija-, junto con reflexiones sobre la tarea aceptada y que le obliga a observar la vida -un ejercicio tan delicioso como asombroso del que nunca se cansa-, y también a plantearse algunas cuestiones de carácter técnico o formal, así como notas y apuntaciones de índole estética, que revelan gustos y afinidades o preferencias electivas. Entre ellas, quiero destacar esta:

Hija de un arquitecto, enamorado de las piedras, he aprendido, en paseos infantiles que tenían mucho de mágico, a descubrir la emoción de la luz quebrándose en una esquina de la vieja casa oscura, a descubrir la voz de los balcones con sus formas distintas [...] Balcones de madera de las casas canarias, con sus geranios rojos haciendo su juego de color sobre la piedra encalada. Ellos me hablaron por primera vez ese lenguaje quieto de las cosas que se llaman inanimadas. También los muros. También los paredones que en las calles viejas son como un canto de la piedra a esa libertad azul, tan delgada, del cielo, que dejan ver allá arriba entre ellas. Ya no hablo de las catedrales, de las iglesias maravillosas, porque allí la piedra dice cosas altas [...]. Yo tenía la ambición de decir en palabras las cosas que estas piedras llenas de vida me sugerían. Una vez quise escribir lo que la ciudad blanca y silenciosa de mis paseos de niña me sugería con su arquitectura.

(2020: 121-122)<sup>1</sup>

Como puede apreciarse, no es alguien distante quien le habla al lector, sino una voz próxima, cálida y confidencial, cuyo tono se intensifica en aquellos artículos que, como este, son de inequívoco carácter autobiográfico, y en los cuales Laforet evoca su vida pasada -en especial la infancia en Canarias, y el tiempo de estudiante universitaria en Barcelona durante los cursos 1940-41 y 1941-42- o bien enfoca el presente, su día a día, su sencilla vida cotidiana. Es en estos últimos donde descubrimos la imagen de la escritora como paseante solitaria que gusta de vagabundear por la ciudad donde reside durante esos años: Madrid.

El texto titulado "El Paseo" es una celebración de las sorpresas y sensaciones que le depara el caminar sin rumbo fijo a primeras horas de la mañana de un día primaveral: la luz, el olor fresco de la tierra, los pequeños ruidos en las calles tranquilas, y los recuerdos de la propia infancia son estímulos suficientes para la alegría. Vagabundear por ese barrio recogido, "donde pequeños hotelitos se apretujan, dejando apenas entre ellos la tira de un diminuto jardín como respiradero" (2020: 210), le hace sentirse transportada al país de los cuentos y estimula su fantasía:

Metó la nariz por encima de las tapias, a través de las verjas de estos jardincillos, que ahora están dotados de la gran magia del silencio. Uno se imagina cómo son los dueños de estas casitas por el aspecto de sus jardines. Los hay encantadores, con rincones de hierba, con los paseos sembrados de las flores blancas del árbol de la miel. Alguno tiene juguetes de niños abandonados en mitad de un senderillo minúsculo. Y entonces uno sabe que ese trozo de tierra es quizá un país de maravillosa fantasía, donde puede haber indios y lobos, y que quizá en un bidón con agua que hay allí se han librado extraordinarias batallas navales. (2020: 211)

Y así también el 20 de enero de 1951, cuando, "por unos pasos dados al azar en-

---

<sup>1</sup> El artículo es del 4 de junio de 1949. Carmen Laforet podría referirse a la que sería su segunda novela, *La isla y los demonios* (1952), que escribía por esas fechas y que está ambientada en la isla de Gran Canaria. Quizá podría también referirse a la guía o libro de viaje que escribió, y que no he podido consultar. En cualquier caso, recordemos asimismo que el primer relato conocido de la escritora, "Leyenda de Alcorah", que después se incluirá en la mencionada novela y escrito con anterioridad a septiembre de 1939 -fecha de los tres relatos siguientes, "Fuga primera", "Fuga segunda" y "Fuga tercera", redactados durante la travesía que la llevaba de Las Palmas a Cádiz rumbo a Barcelona, y enviados los tres como carta a su amigo Ricardo Lezcano-, se abría ya con esta impresión de la isla: "Gran Canaria... La luz de la mañana, verde, tiene una frescura salobre, marina, como si la isla saliese de las aguas cada amanecer". (2007: 25)

tre la niebla de la mañana" (2020: 268), llega hasta un barrio casi desconocido - "uno de esos límites de la ciudad a los que no se llega casi nunca, a no ser que se viva en ellos" (2020: 267)- y descubre el extraño encanto de aquellas calles a medio urbanizar, que le hacen sentir como si estuviera pisando un suelo campesino: "asfalto mezclado con naturaleza muerta, grandes extensiones de barro y unas milagrosas hojas de otoño, resistiéndose a desaparecer. // Estaba yo encantada, como si fuera el primer explorador de un mundo desconocido". (2020: 267)

Ahora bien, estas epifanías o iluminaciones suceden también en circunstancias muy distintas del silencio y la soledad que preside estos vagabundeos madrugadores. Por ejemplo, al salir del cine una tarde de verano y mezclarse con las gentes "que se tiran a las mesas de los cafés al aire libre" (2020: 334). Se queda tan abstraída que es incapaz durante unos minutos de seguir la conversación que mantenían sus acompañantes, suspendido por completo el ánimo, atenta y concentrada ella en observar las caras y los gestos de aquellos que se cruzaban en su camino. O también un domingo de verano, "sentada en la terraza de un café, con un granizado sobre la mesa" (2020: 329), la vemos igualmente fascinada y subyugada ante el inusitado cambio de aspecto que observa en las gentes que pasan delante de sus ojos, casi irreconocibles, "todas con caras distintas a las que tienen otros días, como si se tratase de un carnaval" (2020: 329). Los adultos le parecen tipos engomados y marchitos, y los niños, "tiesos en sus trajecitos nuevos, vigilados por los ojos anhelantes" de sus madres, sin saber el sacrificio que a estas les cuesta "lucirlos bien lavados y planchados [...], se sienten tímidos y deben considerar este día como un día entre maravilloso y feroz. Les llevan a merendar a un café con los mayores, pero les exigen toda clase de respetos y trabas, y silencios y ademanes comedidos en honor al día..." (2020: 329)

Los ejemplos citados son una breve muestra de cómo Carmen Laforet extiende una mirada desprejuiciada sobre la realidad y la vida que la rodea y envuelve, guiada por sus apetencias y gustos, por la curiosidad propia, atenta a detalles mínimos que estimulan su imaginación, a cualquier novedad o cambio que la impresione e impacte. Hay en estos textos estampas y cuadros, y algunos otros están organizados al modo de relatos -con una estructura bien calculada, una pequeña anécdota o suceso y personajes verosímiles y reales-, como el titulado "Bajo la tormenta", donde la autora narra otro paseo por calles desoladas "una tarde gris y verde de primavera" (2020: 312), cuando se siente a la vez presa del miedo y el entusiasmo y la exaltación, y cuando, tras el deslumbramiento inicial ante el espectáculo de la naturaleza, se ve obligada a apretar sus pasos - "desalentados, vacilantes"-, echar a correr cuando la tormenta está en su apogeo -"Cataratas de agua empiezan a caer del cielo. Luces lívidas saltan a cada instante. Un tranvía cruza despacio, como un fantasma, desbordando racimos de seres humanos, pálidos y tiritantes" (2020: 313)-, y finalmente lograr refugiarse en un portal, donde se encuentra con un mendigo "de nariz colorada y simpática, un viejo astroso, risueño", que también está mirando la tormenta "con menos miedo que yo, y hasta con cara de guasa" (2020: 313) .

El artículo "Deseo de obscuridad" me parece muy revelador de la experiencia personal de esta escritora que, tras el inesperado y apabullante éxito de su *opera prima*, la novela *Nada* -con la que como es sabido obtuvo el Premio Nadal en su primera convocatoria (1944), fallado el 6 de enero de 1945-, vivió en carne propia la necesidad de retirarse: "ocultarse, perderse, ser el observador, no el observado" (2020: 285). En este texto, Laforet arranca con la referencia a una encuesta donde diversas personalidades del mundo artístico y cultural que alcanzaron el éxito y la fama son interrogados sobre su segunda vocación y contestan, casi de manera unánime, que lo que ellos realmente hubieran deseado es ser vagabundos. Una respuesta que, por sorprendente que parezca, Laforet admite y comprende sin vacilar, no sospechando en ella ninguna impostura ni veleidad o afán epatante, pues cree sinceramente que todo espíritu observador y curioso

suele volver los ojos a esta inquietud de viajero humilde, sin rumbo definido, sin descanso pensado, sin cobijo cierto, a esta inquietud que parece justificarse en ella misma, ganar, con el trabajo de un cuerpo sin ataduras y sin protección sobre el que caen soles y lluvias, el derecho a las amplias perspectivas cambiantes que los halagos no han de enturbiar, ni las costumbres limitar, y en las que los ojos de los otros -ese tremendo muro de ojos que acecha a los creadores- pasarán indiferentes, enriqueciendo con su variedad, que no teme ser descubierta por el callado y poco importante viajero, este espíritu que, a veces, quemado por las exigencias, los imperativos, las peticiones que rodean al que apenas logra asomar un poco la cabeza sobre las cabezas de todos, ha estado a punto de empobrecer, morir y secarse como una momia en su ataúd de oro. (2020: 287)

Esta misma actitud de celebración y gozo ante la vida y "la alegría de andar" (2020: 350) la apreciamos en otros textos donde Laforet narra sus excursiones o salidas al campo, que pueden ser auténticas fugas, huidas de espacios de opresión, como sucede cuando, en diciembre de 1949, atraviesa una crisis o una etapa de esterilidad e insatisfacción con la obra que está escribiendo, quizá *La isla y los demonios*, publicada en 1952:

De pronto me parece malo todo lo que escribo en esta temporada. Cuando al propio autor de una obra le parecen malas sus cosas es que seguramente lo son. No hay mejor crítico que uno mismo, cuando la crítica es desfavorable, se entiende; porque cuando sucede lo contrario, hay que desconfiar profundamente. Sí, me parece malo todo lo que he escrito últimamente, y pienso que lo mejor será dejarlo por unos días y marcharme al campo. [...] Mi amor a la tierra no es de carácter jardinero. Me gusta correr por el campo grande y libre, distinto en cada estación del año. Me gusta el campo tostado por el sol en verano; en invierno, bien cubierto de nieve. (2020: 151-152)

"En la montaña" es un texto de carácter programático, y a la vez henchido del misticismo ante la naturaleza que cifraron los espíritus -poetas y filósofos- románticos, o Fray Luis de León -que "habla de madrugar y la mañana se nos levanta, radiante, leyéndolo. La mañana con sus olores tónicos, con su luz de alegría y de actividad..." (41)-, o el hedonista que fue el Arcipreste de Hita, al que también recuerda una mañana de agosto de 1951, tras leer en la prensa un artículo de Azorín sobre Juan Ruiz, un artículo "muy bello, como todos los que el gran maestro escribe sobre los clásicos de nuestra literatura" (2020: 2020:345).

Es imposible dar aquí cuenta de todas esas excursiones que emprende, ni de las vacaciones estivales que la escritora -que se autorretrata como "la mujer atrevida que viaja como los caracoles, con su casa a cuestras"- (2020: 227) pasa con sus hijos en un pueblo de la Sierra de Gredos entre julio y septiembre de 1950, un pueblo entre pinos, "con un río donde se reflejan cipreses grandes y melancólicos" (2020: 226). Once textos surgen de esta experiencia, y en ellos la escritora narra el aventurado viaje en un autobús de línea, la instalación y el acomodo en la casa, la relación que mantiene con los desconfiados o recelosos lugareños -y en especial con las mujeres "exasperadas que la tierra bravía cría" (2020: 233)-, o con los bichos que los visitan -lagartijas, salamandras, moscas-, y otros aspectos de la vida cotidiana, además de narrar y expresar la contemplación del paisaje: "un arte que si no se ha nacido con una predisposición especial para ello sólo se logra, en toda su virtud, con todo su goce, cuando la sensibilidad ha sido limada, la individualidad formada y madurada enteramente" (2020: 247).

Al año siguiente, Carmen Laforet repite la escapada estival, si bien en esta ocasión se acoge a la hospitalidad que le brindan unos amigos. Mas aunque cambie de escenario, la experiencia es idéntica: la quietud, la soledad, la voluptuosidad de la naturaleza... la llenan de felicidad y le proporcionan breves momentos de un "éxtasis físico, reparador como un sueño" (2020: 251).

Lo que me importa resaltar es la celebración del viaje (aun por breve y modesto o próximo que este sea), experiencia que jamás defrauda a una mujer que se reconoce como una vagabunda; una mujer que lleva metida en la sangre la idea "de que no quiero pararme nunca en mi vagar de un sitio a otro" (2020: 199), según afirma en "La maleta", otro texto esencial, donde la escritora se autorretrata desbordante de alegría ante las promesas del viaje, ante la "irrealidad maravillosa" de esta experiencia, y texto donde recuerda los ensueños juveniles, "cuando encerrada entre los límites terriblemente precisos de una isla, yo me iba al puerto, a ver los barcos y a respirar su olor, y con la imaginación subía en todos, oía las sirenas de despedida, y llegaba a bordo de ellos, a todos los puertos". (2020: 199) No extraña, por consiguiente, que en "Nubes de verano" la escritora confiese su deseo de "ser como un barco -ni siquiera un tren, que va siempre por carriles fijos-, como un avión, o mejor como una de esas nubes que estoy mirando con tanta envidia, algo cuya vida y cuyo rumbo dependan sólo del puro azar" (2020: 159). Ni tampoco nos sorprende que proteste contra la condición de la

mujer y el papel o la función que la sociedad espera de ella, pues "ser mujer ha sido siempre lo más sólido, lo más enraizado, lo más contumaz del mundo. Ser mujer es cuidar de la habitación y del fuego año tras año [...]. Es ver pasar las nubes, limpiando el polvo de los mismos muebles dos veces al día y ordenando, invariablemente, las comidas que sujetarán a los otros miembros de la familia alrededor nuestro en esa mesa preparada por nosotras" (2020: 158). Por eso, no vacila en manifestar su hondo deseo de marcharse:

Quieta, parada en la pequeña habitación de una casa de ciudad, encerrada entre el cristal de una ventana que me trae un paisaje de nubes rápidas, movibles, y los muebles, los exigentes, los implacables muebles, carceleros de las mujeres, ordenándoles siempre absurdos cuidados, yo pienso que es mejor ser nube que mueble sólido; mejor ola del mar que roca. Pienso en el agrídulce placer de despedirse, de marcharse para siempre jamás, de dejar paisajes quietos detrás de nosotros, recuerdos sin raíces demasiado hondos. (2020: 158)

En *Puntos de vista de una mujer* encontramos varios artículos que narran viajes cortos, como el recogido en "Otoño en Aranjuez" o la visita a la universidad de Alcalá de Henares, así como breves regresos a Barcelona, alguno de ellos no real sino mental: evocaciones surgidas a partir del acicate de la memoria o de la lectura de un libro, como es el caso de *Modernismo y modernistas*, de J. F. Ràfols, que le enseña muchas cosas de una ciudad que ella recorría siempre "con un interrogante la mirada":

La Barcelona gótica, exquisita, comprensible fácilmente para mi espíritu; la Barcelona vieja, amadísima, buscada y casi acariciada en todos sus rincones, y esa Barcelona nueva, abigarrada, pujante, cuyo despliegue opulento, demasiado vital, me desarmaba, me dejaba sin fuerzas para juzgarla cuando con los ojos críticos de la primera juventud quería yo atreverme a hacerlo, sin saber que para penetrar su alma me faltaba empaparme de su historia, que no podría hacerlo, sin injusticia. (2020: 163)

Encontramos también una breve serie sobre Las Palmas de Gran Canaria, fechada en la primavera de 1951 y compuesta por los artículos "Un autor canario", "En el Puerto de la Luz", "Noche canaria", y "La raza". No sería aventurado suponer que en este conjunto de textos la escritora intentara compensar la insatisfacción que un día sintió ante el intento -la ambición- de expresar con palabras "las cosas que estas piedras llenas de vida" (2020: 122) de la ciudad de su niñez, Las Palmas, le sugerían, "lo que del espíritu de un pueblo que yo conocía me había dicho la voz de sus casas y de sus caminos". No repetirá ahora el frustrado intento, sino que se ceñirá a tratar del carácter de los isleños, marcados por la peculiar geografía de la tierra y, sobre todo, del mar que la rodea:

No sé por qué la tierra que ha visto crecer nuestra infancia tiene tan fuerte poder evocador, tan profundo interés para nosotros. Si esta tierra es una isla, per-

fectamente delimitada por el océano, parece que aún nos llama más, que su individualidad está mejor definida, que su rostro se nos graba como el rostro de una madre, que, hasta con los ojos cerrados, seríamos capaces de pasar la mano por su contorno dibujado en el mapa. (2020: 296)

Por ello, de entre los rasgos que atribuye al carácter de los canarios, el principal para Carmen Laforet es su condición nómada:

Los canarios son viajeros por naturaleza. Sienten la curiosidad de habitantes de un pequeño paraíso, que desean comparar con el ancho mundo de los continentes. Muchos vuelven enseguida a su mundo de montañas limitadas por el mar, envueltas en la dulzura de un clima incomparable, y a la vez ásperas, poseedoras en sus formas de todas las tragedias. [...] Otros se van de verdad, corren países, se acomodan a sitios donde su palabra, su obra, su inquietud tiene un área de expansión más rápida, pero podría asegurar que estos, si no están en la isla, la llevan dentro, y su manera de mirar las cosas ampliamente, de recoger ampliamente las inquietudes, es una manera de allí. (2020: 297)

Se entiende así en buena medida la honda impresión que le produce descubrir la existencia de la ilustre peregrina Egeria, que en el siglo IV viajó desde su convento de El Bierzo hasta los Lugares Santos, visitando Jerusalén, Constantinopla y la Arabia. Laforet no oculta la admiración que le produce tan atrevida empresa, destacando por igual lo que ésta tiene de espíritu aventurero y de fervor religioso. E incluso quiere imaginarse a la joven como una mujer de origen noble, "muy esbelta, y con los grandes ojos de las figuras de los mosaicos bizantinos." (2020: 371) Todo este artículo rezuma simpatía y expresa el encanto que siente por esta figura que "llega a mí a través de la bruma de muchos siglos" (2020: 370), así como admiración por "la alegre energía e ingenuidad que nos llegan a través de sus páginas" (2020: 370): páginas que le parecen un delicioso relato de todas las curiosidades que observa, contadas con sencillez y veracidad:

A nosotros este valor nos encanta aún hoy, y lo vemos, más que en el gusto aventurero, en este silencio absoluto para los riesgos y penalidades, que indudablemente hubo de sufrir la joven peregrina, que al escribir sólo cuenta para aquellas señoras <<luz de sus ojos>>, los resultados espléndidos de su esfuerzo. La diversión y el fervor de sus descubrimientos, y el encanto hondamente sentido de los paisajes. (2020: 372)

Por último, quiero destacar otro rasgo notable: este libro, que contiene tantas notas y apuntes sobre la escritora como paseante y observadora de la vida, se cierra con un artículo o reseña sobre *Del Miño al Bidasoa* (1952), de Camilo José

Cela: "Un libro de vagabundos", lo califica con razón<sup>2</sup>, que ha encontrado en su espíritu la simpatía más profunda porque "el vagabundo ve la vida y las cosas como sólo un poeta verdadero puede verlas" (2020: 410); porque a lo largo de sus páginas esta empática lectora ha descubierto "el alma de los paisajes, las luces y sombras del mar y las praderías y la sonrisa o el ceño de los pueblos", así como la intimidad simple y misteriosa del vagabundo, y de su amigo Dupont y, "a través de ellos, [entra] en la de mil personajes de los caminos y de los pueblos, por los que nos interesamos un momento de la misma manera que el vagabundo y Dupont se interesan: hondamente" (2020: 409). La celebración del hallazgo obedece también al particular momento en que descubre y lee este libro:

Siempre estoy contenta cuando, en medio del invierno, me llega un libro que habla de los caminos, el sol y las luces del verano. En verano a mí misma me gusta vivir estos caminos, este sol, estas luces. Dentro de las posibilidades imitadas que tiene una madre de familia numerosa, suelo intentar escauceos de vagabunda por los campos. Sé olvidarme de las horas delante de un camino, conozco el encanto de ver pasar las aguas de un río salvaje debajo de mis ojos asomados a él; y un chaparrón intempestivo en pleno monte no sólo no me asusta, sino que a veces me encanta. No sé por qué meterme en un viejo autobús lleno de cestas, maletas, e incomodidades, o en la tercera de un tren, que hora a hora ennegrece mi cara con su generosa carbonilla, me resulta uno de los grandes placeres de la vida. (2020: 408)

Pocas otras citas o párrafos condensarían mejor el autorretrato de Carmen Laforet como paseante, excursionista y viajera que se va trazando en un buen número de los textos reunidos en *Puntos de vista de una mujer*.

Libro muy distinto es *Paralelo 35*, narración del viaje que en el otoño de 1965 realizó a USA, invitada por el Departamento de Estado norteamericano. Inicialmente, las dieciséis crónicas de este viaje aparecieron publicadas en la revista *La Actualidad Española*, bajo el título "Todo sobre USA por la autora de *Nada*". Posteriormente fueron corregidas y reunidas en el libro *Paralelo 35* y, por último, en el volumen *Mi primer viaje a USA*. El periplo duró aproximadamente tres meses, incluyendo las travesías marítimas de ida y vuelta, con escalas en Puerto Rico y México antes de la llegada a Nueva York. El viaje fue un recorrido

---

<sup>2</sup> Recordemos que, frente a la serena y austera estampa del viajero que recorre la Alcarria, en *Del Miño al Bidasoa*, Camilo José Cela construye la figura de un viajero-narrador que se presenta como un vagabundo, con ropaje y ademanes de peregrino que anda en pos de curar su mal, y que poco a poco irá sumando otras caracterizaciones literarias como la de ganapán y pícaro que azuza su ingenio y su astucia para calmar el hambre, o más tarde, ya en compañía de Dupont, adopta maneras cervantinas, replicando la célebre pareja Don Quijote-Sancho. Sobre este tema, puede consultarse mi artículo "El viajero Camilo José Cela: Ida y vuelta", *Anuario 2005 de Estudios Celianos* (Universidad Camilo José Cela), pp. 127-150.

casi circular que en dos meses la llevó a cruzar veintidós estados de la Unión, visitando destacados enclaves de Washington, Filadelfia, Massachusetts, Chicago, Illinois, Kansas, Idaho, California, Nuevo México, Texas, Nueva Orleans, Florida y Nueva York. Y es que, aunque la actitud y predisposición al viaje sea la misma, lo cierto es que las condiciones esta vez variaban sustancialmente. Especialmente porque se trataba de un viaje programado por otros, repleto de compromisos de toda índole, en el que como único capricho personal o privado, Laforet solicitó visitar a una familia norteamericana de Kansas City, a la que no conocía personalmente pero con la que le unían estrechos lazos puesto que una de sus hijas -no especifica de cuál de ellas se trata, pero sabemos que fue la mayor de ellas, Marta- había vivido allí un curso académico en el marco del programa propiciado por American Field Service<sup>3</sup>. También deseaba "saludar a un querido y admirado amigo, don Américo Castro, en su residencia de La Jolla, que yo creía cerca de Los Ángeles; y sobre todo quería conocer al gran novelista español Ramón J. Sender", al que le debía contestación a una carta escrita veinte años antes, "la carta más hermosa de aliento y de entusiasmo enviada por un escritor conocido, exiliado, a una escritora nueva, surgida después de una guerra civil, sin ideas políticas y sin compromisos". (1967: 15)<sup>4</sup>

Además de un viaje programado, con una agenda muy apretada, era, por este motivo, un viaje con el tiempo cronometrado, de modo que es frecuente encontrar en las páginas del libro el lamento por la falta de tiempo, como le sucede en Chicago, donde siente no haber tenido oportunidad de familiarizarse más con la ciudad, "de meterme más en sus calles y en su vida, vagabundeando sola, como lo hice una tarde [...]. Me hubiera gustado subir al <<elevado>>, el tren que pasa a la altura de un quinto o un sexto piso entre los rascacielos oscuros de estas calles". (2003: 79) Y también oímos aquí el lamento por la imposibilidad de entregarse a sus queridos vagabundeos, de los que ahora disfruta en

---

<sup>3</sup> Poco después, será la propia Carmen Laforet quien reciba en España a la familia norteamericana, según le cuenta a Ramón J. Sender en carta fechada a 6 de mayo de 1966: "Estoy escribiendo a toda prisa -¡después de cuatro meses!- las crónicas del viaje a América. Luego he aceptado un trabajo fácil y bien pagado de unos reportajes sobre el trabajo de la mujer médico en distintos lugares de España. Esto me obligará a moverme un poco por pueblos y ciudades de aquí. Y con el resultado económico de todo esto cuento para el alquiler de un chalet en una playa de Alicante, y para recibir a la familia americana de mi hija mayor, Marta. Estoy encantada de que venga esa familia, pero será un tiempo de verano que tendré que dedicarles -con mucho gusto- pero un tiempo..." (Laforet – Sender: 2003: 59)

<sup>4</sup> La carta de Sender está reproducida en la correspondencia entre ambos autores (Laforet – Sender: 2003: 32-34). Asimismo, en el volumen se reproduce la más extensa crítica que el 8 de junio de 1966 Sender publicó en *Los libros y los días*, tras la aparición de la traducción al inglés de *Nada*, que en inglés pasó a llamarse *Andrea* (Laforet – Sender: 2003: 257-261).

muy escasas ocasiones debido a que tiene un programa que cumplir.

Tales condiciones afectaban, como es natural, al relato del viaje. En el breve preliminar, Laforet reafirma su convicción de que "partir no es morir un poco, sino, por el contrario, nacer un poco a una nueva vida y a unos nuevos horizontes" (2003: 5). También admite que el libro está "escrito con humildad, sin pretensión de descubrir problemas hondos y trascendentales, ni agotado ninguno de los que en él se apuntan. No hay juicio personal. Sólo puro relato" (2003: 6). De modo que el propósito es tan sencillo como claro: contar "lo que mis ojos vieron con la sorpresa del turista; que sería muy diferente del conocimiento de quien hubiera vivido un tiempo largo en cualquiera de las muchas ciudades o Estados recorridos" (2003: 6). El viaje fue ante todo una aventura vivida con curiosidad y sin prejuicios, ya que más que informar, el interés de la escritora radica en ser informada (2003: 242), por las múltiples personas y personalidades que la reciben y acompañan en sus visitas y encuentros: profesores e hispanistas de distintas universidades (destacando Jorge Guillén<sup>5</sup> en Harvard, Jean Alonso en el Wellesley College o Gonzalo Sobejano en Nueva York; miembros de un sinfín de asociaciones, clubes o ligas de muy distinto tipo que se ofrecen como voluntarios cicerones; responsables y profesionales de algunas instalaciones o centros científico tecnológicos; directivos o altos cargos de alguna compañía o empresa privada, además de otras ilustres personalidades como Mr. Harloff, "antiguo escritor de novelas de ciencia-ficción", en el Goddard Space Center de Washington (173); el cónsul español en Los Ángeles, Eduardo Toda Oliva o John Bentley, "famoso corredor inglés de coches de carreras y entonces jefe de relaciones públicas de Cabo Kennedy" (267).

No pudo celebrar Carmen Laforet el anhelado encuentro con don Américo Castro, si bien pudo hacerlo con el escritor Ramón J. Sender, lo que merece una especial mención, ya no sólo por las consecuencias que tendrá, sino también porque dicho encuentro ocupa un epígrafe destacado en el libro, en páginas que rezuman devoción y dicha. En ellas, Laforet nos entrega un amplio retrato de la persona, resaltando la admiración que le produce un hombre "a quien el trasplante a otras tierras no había anquilosado ni parado en una hora literaria, como ha ocurrido a otros escritores; un hombre que seguía haciendo vida y literatura con toda su potencia creadora" (1967: 189). Y destaca también su condición de gran conversador:

Fueron unas horas indescriptibles porque, sencillamente, hablábamos, y en la conversación, aparte del humor, las anécdotas y la brillantez que ponía en ellas Sender, notaba algo como una emoción de personas de la misma familia que no se han visto durante años y de pronto se encuentran" (1967: 189).

---

<sup>5</sup> Recordemos que su novela *La insolación* (1963) va encabezada con una cita de "Mundo continuo", de Jorge Guillén: "De pronto, bajo el pie, cruje un desierto // con una flor de pétalos punzantes. // Aridez, lejanía, vil vacío".

También reserva en estas páginas espacio para hablar de la obra del escritor, pues durante el viaje leyó *Crónica del alba* -"en una edición americana para alumnos de español, sin saber que precisamente se editaba por aquellas fechas en España" (1967: 74)-, novela que le fascinó

por su fresca belleza, su amenidad, su humor, sus raíces vivas, nuestras, profundísimas. Ahí estaba la tierra de Aragón y la infancia de un muchacho español auténtico descrito con una tremenda fuerza y una inmensa ternura. Una auténtica vida que salta de una pluma magistral al papel y enriquece nuestra sensibilidad. En aquella novela yo encontré una verdad, algo que sólo puede definirse con la palabra genio. No haberse publicado *Crónica del alba* en España significaba un vacío muy grande en nuestras letras. (1967: 188)

Ya en el aula, durante el encuentro mantenido con los estudiantes, agradece especialmente el entendimiento y la complicidad con el escritor y profesor exiliado. Fue el inicio de una gran amistad, sostenida a lo largo de una relación epistolar que abarcó una década, desde octubre de 1965 a diciembre de 1975, y que el lector puede disfrutar en el volumen titulado *Puedo contar contigo. Correspondencia*, citado en la bibliografía.

Todos y cada uno de estos acompañantes son las fuentes primarias de que se sirve la narradora en su relato, pues "los encuentros humanos en este viaje fueron importantes. En algunos encontré la amistad; en otros, las costumbres del país que estaba visitando" (1967: 149). A ellos hay que sumarles además las muchísimas horas que pasa con las intérpretes que la acompañan, y con quienes comparte tanto las visitas y actividades programadas como largos desplazamientos por el país, casi siempre en tren cuando se traslada de un destino a otro, pero también alguna vez en autobús -en los célebres y ya desaparecidos Greyhound viajó de San Luis a KansasCity-, así como en coches particulares a la hora de acudir a las citas programadas, incluso en el caso de largos trayectos, cuando atraviesa las tierras pantanosas que la llevarán a Cabo Kennedy y, poco después, cuando la vemos "devorando kilómetros de carretera entre llanuras para alcanzar lo que aparentaba ser una colina terminada en una meseta, en la que casi se perdían de vista los camiones, automóviles y grúas allí esparcidos" (1967 : 273).

En el mencionado preliminar, la escritora declara que su libro está escrito con humildad, sin aparato erudito adicional, pues "dejé en casa en mi biblioteca, y con ella todo lo que pudiera saber de ambientes y problemas estadounidenses, para enfrentarme solamente con la aventura de unos encuentros al azar" (1967: 5). Y en efecto, apenas hay referencias que aludan a otras crónicas de viaje excepto en el caso concreto del libro de Simone de Beauvoir -que deduzco es *América día a día. Diario de viaje*-, del que al menos se sirve en este caso concreto:

Llegamos al Hotel Palmer House, en el centro de la ciudad, con sus veinticuatro pisos y que sigue igual que cuando Simone de Beauvoir lo describió hace veinte

años, con su *tobby* alrededor del cual se encuentra uno el <<Bar, Cafetería, Lunch-Room, sala azul, sala roja, sala victoriana, orquesta gitana, orquesta mexicana, flores, bombones, toda clase de negocios, agencias de viaje, líneas aéreas...>> He copiado este párrafo que describe exactamente este hotel y otros de mi recorrido americano. Pero más exactamente, este punto (1967: 74-75).

El resto son menciones más genéricas que reflejan lecturas previas, como por ejemplo algunas recientes "sobre los últimos gánsters de Chicago y los más célebres de los sangrientos años treinta -los tiempos de Al Capone-, que] vivieron otra vez un rato en mi cabeza, mientras contemplaba la cercana escalera de incendios y las sombras y las luces de las ventanas que invadían el patio: carreras, tiros, coronas de flores son los ajustes de cuentas..." (1967: 81); o ya en California, el recuerdo de lo descrito magistralmente por Steinbeck: "La odisea de los hombres del Este que avanzaban como iluminados y que encontraron, más que su sueño de oro, unas veces realizado y otras no, el fin de aquel peregrinaje delante de las olas del Pacífico" (1967: 161); o la referencia a la por entonces muy popular escritora Pearl S. Buck, cuando Laforet llega a Nueva York y se encuentra ante una metrópolis multi étnica, una de esas "ciudades que aglomeran a toda clase de trabajadores y despejan la cabeza" (1967: 297) cuando el turista sale a caminar por sus calles, lo que le recuerda a la Pekín mencionada por ese escritora.

Lo que sí se percibe en más de una ocasión es la reacción a una impresión o "visión" previa, la comparación o el contraste entre la imagen forjada en su cabeza y la realidad que tiene ante sus ojos: "Quizá por una leyenda que me hice en mi niñez, yo había imaginado los barrios chinos americanos tortuosos, llenos de sórdido misterio y superpoblados" (1967: 153), escribe desde San Francisco. Y siendo el propósito confeso de la autora, del que no se desvía ni un ápice, relatar "lo que mis ojos vieron con la sorpresa del turista; que sería muy diferente del conocimiento de quien hubiera vivido un tiempo largo en cualquiera de las muchas ciudades o Estados recorridos" (1967: 6), quizá por eso no considera un handicap, ni cree que vaya a afectar a sus crónicas, el hecho de realizar este viaje sin hablar ni entender inglés, argumentándolo o justificándolo en estos términos:

Voy con el mismo espíritu de los viajeros que atravesaron las selvas sin conocer el idioma de los indígenas y sin entender el significado de los golpes de tam-tam con que avisaban las tribus salvajes su paso por la selva. Eso no impidió que se escribieran buenas narraciones de viaje. Uno puede, simplemente, escribir lo que ve. (1967: 10)

En *Paralelo 35* vemos a una Carmen Laforet que es, ante todo, espectadora y oidora -e interlocutora- de la vida contemporánea, atenta siempre a captar esa realidad fluida y en constante movimiento -y por añadidura nueva- que desfila ante sus ojos, para contarla o relatarla a sus lectores en crónicas repletas de vi-

veza y dinamismo.

Dos temas de índole político-social destacan en estas crónicas: la llamada cuestión racial y la guerra de Vietnam. Laforet visita el barrio negro de Washington D. C. y una escuela negra para adultos en Filadelfia, y de nuevo aborda el problema racial cuando recorre Nueva Orleans, donde transcribe la información que le ofrece su acompañante, además de varias experiencias y episodios; suma así distintos puntos de vista, sin ofrecer nunca una visión sesgada ni partidista. La juventud protagoniza gran parte de estas crónicas, en gran medida debido a los abundantes compromisos universitarios. A la viajera le interesa especialmente el "fenómeno de rebeldía que había observado en distintos lugares" (1967: 37), el malestar y las protestas por la guerra de Vietnam, que por entonces empezaban "en forma de suicidios copiados de los de los bonzos, esas antorchas humanas que amenazaban ser la plaga de nuestra época como los pistoletazos en la del romanticismo" (1967: 162-163). Para dar cuenta de todo ello, de nuevo recaba diversas opiniones, además de hacerse traducir las noticias que se van publicando en distintos periódicos. Aparte de estos dos grandes temas de actualidad, Laforet recoge también algún otro acontecimiento destacado, pues su periplo coincidió con la visita de Pablo VI a USA, y con la estancia de la princesa Ana de Inglaterra en California.

Ahora bien, esta viajera se muestra particularmente interesada en captar la intrahistoria y la vida cotidiana: los ritos y costumbres, los modos de relacionarse, los rasgos del carácter nacional, los valores que entran a formar parte de las normas sociales y el espíritu que subyace y revelan algunos de ellos. Y lo hace, en ocasiones, comparando España y los Estados Unidos, con ánimo de divulgar entre sus lectores datos y referencias que sirvan de impulso y estímulo cuando redundan en ventajas y beneficios, sean estos de carácter material o espiritual. Así, alaba la objetividad que observa en sus interlocutores y confiesa cuánto le agrada: "Creo que nosotros los españoles o enseñamos sólo lo malo o sólo lo bueno, exagerando en los dos casos según nuestra pasión de crítica o de deseo de ser admirados" (1967: 82). Valora también el pragmatismo que supone la introducción en la vida cotidiana de algunas máquinas u otros adelantos, como "los automáticos" o expendedores de bebidas que se encuentran "en cualquier lugar para calmar a cualquier hora la sed de los que llegan" (1967: 267); las consignas disponibles en cualquier estación ferroviaria, aun por insignificante que esta sea: "una serie de pequeños armarios metálicos y para utilizarlos basta introducir una moneda en su cerradura, de la que se recoge la llave" (1967: 203); y desde luego la comodidad que ofrecen los departamentos de los trenes nocturnos en que a menudo viaja

eran más reducidos que nuestros <<singles>>, pero la cama, que al bajarse lo ocupaba por completo, era cómoda, y además estaban provistos de lo necesario para el aseo de una persona. De día quedaban más amplios y yo disponía de dos asientos -uno frente al otro- para mí sola. Podía cerrar la puerta corrediza con espejo si así lo deseaba, pero para menos ahogo únicamente echaba una cortina

cerrada por cremallera. (1967: 73)

Como no podía ser de otra manera en un viaje de estas características, Carmen Laforet agradece y admira la cordialidad con que es recibida allá donde vaya, sin olvidar indicar que ese comportamiento es en gran medida posible gracias a la extensa red asociativa que impregna todo el tejido social del país, revelando "lo escrupulosamente que cada asociación, liga o club cumple los puntos para los que ha sido creado" (1967: 282). Por ello, una y otra vez destaca la importancia del voluntariado, como el que ejercen las mujeres en el hospital St. John de Springfield, sirviendo de enlace entre los facultativos o el personal sanitario y los familiares del paciente: "Acompañan a los familiares mientras el enfermo está en el quirófano, recogen noticias del curso de la operación y ayudan y confortan a estos parientes en los casos graves" (1967: 101). Así, tras haber dado cuenta de la variedad de este amplio tejido participativo en los distintos ámbitos de la vida social y presente en todos los rincones de los Estados Unidos, subraya cómo de este modo se aúnan "las energías de millares de personas que regalan parte de su tiempo libre en beneficio del país" (1967: 115). En contraste con la labor de estas oenegés o equivalentes, no omitirá en su relato la existencia de selectos clubes privados que marcan barreras o distancias infranqueables entre distintas clases sociales (1967: 255-258), ni la exacerbación materialista y la carencia de una auténtica vida espiritual en determinados segmentos de la población o zonas del país como Coco Beach (Florida), según le relata su acompañante John Bentley:

No existe ni un museo, ni un buen teatro... Sólo se valora el lujo de lo que se compra, y las bebidas y las drogas corren sin medida. Esto es un pueblo de locos ricos alrededor de una obra fantástica. Es un lugar de suicidios y también un sitio en el que, al mismo tiempo de pagarse los sueldos más elevados de Estados Unidos, se cometen estafas al por mayor y circulan cheques falsos. (1967: 268)

Naturalmente encontramos en estos textos múltiples retratos de gentes y tipos, así como descripciones de espacios y paisajes que reflejan y expresan la fina sensibilidad de la "turista", vertidos unos y otras en una prosa llena de originales registros.

Dado el perfil de nuestra viajera, la destacada posición que Carmen Laforet ocupaba en el panorama de la novela española contemporánea tras la publicación de *Nada*, la presencia de la célebre y afamada escritora se requiere sobre todo en distintas universidades y *colleges*, en los departamentos de español o románicas, y no sólo en las grandes instituciones privadas de la costa este, donde relevantes figuras del exilio republicano construyeron fecundos y duraderos núcleos de hispanismo de los que todos nos hemos beneficiado -y en ese sentido, además de algunos de los ya mencionados, recordemos que también conoció al hermano y la cuñada de Federico García Lorca o al escritor Francisco Ayala-, sino

también en otros centros más modestos. De esos encuentros con profesores y estudiantes -seguramente muchos más de los que se transcriben en los artículos, que estaban destinados a un público lector amplio y diverso al que había que hablarle también de muchas otras cosas-, del coloquio entablado y del impacto que Carmen Laforet dejó en sus oyentes o interlocutores, contamos con el extraordinario testimonio de Ramón J. Sender, quien en su correspondencia con la escritora -que emprende inmediatamente después de conocerla en ese viaje- sigue recordando a menudo tan singular experiencia. Así, en carta fechada a 4 de diciembre de 1965, le escribe a ella:

Desde que estuvo aquí pensamos mucho en usted. Para mí fue un gran placer conocerla. Los estudiantes recordarán siempre el intercambio de elogios entre usted y yo (los suyos de veras generosos) y se harán una idea falsa de la cordialidad de relaciones entre los escritores españoles. Algo salen todos ganando y bien lo necesitan, ¿verdad? (Laforet – Sender: 2003: 37)

Este viaje a USA tiene un doble eje: por un lado, satisfacer el interés que Carmen Laforet suscita en esos círculos académicos; por otro, satisfacer la curiosidad de la propia viajera, y que ésta resume parcialmente en el primer artículo:

No me apetecía ir de Universidad en Universidad en aquel viaje, aunque naturalmente deseaba conocer algunas, desde la orientación de los departamentos de español. Quería visitar fábricas y hospitales y barrios característicos de algunas ciudades y seguir, a través de los distintos Estados, la huella de los compatriotas, los que llegaron en tiempos lejanos y los nuevos. (1967: 15)

Pero en estos artículos encontramos también otros focos de interés de índole cultural. La atraen especialmente y ocupa un lugar relevante en estas crónicas las casas natales<sup>6</sup> u otros espacios donde vivieron célebres escritores. Así, en Concord la del poeta Ralph Waldo Emerson (1803-1882) y en Salem la del novelista Nathaniel Hawthorne (1804-1864); y también en Concord aflora el recuerdo de Louise M. Alcott, la popular autora de *Mujercitas*. En la bahía de Monterrey, que la subyugó, nos recuerda a los lectores que fue allí donde Luis Stevenson se inspiró para escribir *La isla del tesoro*; y en el viaje por carretera hacia Taos (Nuevo México), "entre las praderas y las extrañas montañas <<sangre de Cristo>>", comprende que "este paisaje caldeado por el sol y lleno de vida entusiasmase al novelista Lawrence con su panteísmo y sed de belleza física y tangible" (1967: 216). También reacciona vivamente nuestra viajera ante el descubrimiento de alguna pequeña huella u objeto que hubiera pertenecido a alguno de sus estimados escritores:

---

<sup>6</sup> Se trata de un hilo narrativo muy común en la literatura de viajes, que he estudiado en mi artículo "La casa natal", *Clarín*, Año XII, n.º 69 (mayo-junio de 2007), pp. 3-10.

En Wellesley me emocionó encontrar de pronto, la puerta auténtica de la casa de Wimpole Street, en Londres, donde vivió la poetisa Elisabeth Barret. Esta puerta es una de las que dan acceso a la biblioteca de Wellesley y entre otras curiosidades se guarda en la biblioteca un vaciado en yeso de las manos enlazadas de Elizabeth Barret y su esposo Robert Browning. Quizá enlazadas como las tuvieron los dos poetas cuando salieron por la puerta de Wimpole Street en la romántica escapada hacia su matrimonio. (1967: 65)

En las visitas de interés cultural destacan, como no podía ser de otra manera, los museos. Mas curiosamente, en los que menos se detiene la cronista es en los museos artísticos, caso del dedicado al escultor Rodin en Filadelfia, el museo de bellas artes en Boston o el de Los Ángeles, del que destaca su "edificio funcional de líneas atrevidas que se reflejan en lagos artificiales", y del que nos asegura haber recorrido "concienzudamente sus salas, en especial la escuela de arte para niños y la sección de artes decorativas" (1967: 186), pero del que no cuenta nada más. En cambio, la cronista dedica más atención a otro tipo de museos que permiten ilustrar la historia -como los que visita en distintas misiones de California o los dedicados a los expresidentes de Estados Unidos: Lincoln, en Springfield y Truman en Independence, a pocos kilómetros de Kansas City, donde visita el museo Nelson. Entre estos museos que recuerdan o recrean el pasado histórico le interesan especialmente aquellos que están más relacionados con la antropología y la sociología, y que son memoria de las formas de vida o de la intrahistoria, como el de New Salem,

uno de esos poblados del Oeste que empezaron con casitas de madera levantadas por los recién llegados y que a veces se transformaron en grandes ciudades y otras quedaron abandonadas al fin. New Salem era uno de los abandonados. Hoy día es un museo de la manera de vivir de los pioneros. Cada casita tiene el nombre del pionero que la habitó y pueden verse los telares, las ruecas, las tiendas y hasta las cocinas donde guisaron. Dos veces al año, en primavera, este poblado revive. Un grupo de gente vestida al uso de aquellos tiempos ocupa las casitas por un día para recibir a los niños de las escuelas y explicarles el trabajo de sus antepasados. (1967: 97-98)

Especial curiosidad manifiesta la escritora por conocer las reservas indias, y en Nuevo Méjico visita dos de ellas: la de Santo Domingo y la de Cochití, donde vivían unas seiscientas familias, en casitas de adobe que se alzaban en calles sin asfaltar, entrando en algunas de ellas y conversando con las mujeres que hablaban español y realizaban trabajos de artesanía. Cuando atraviesa el Gran Cañón del Colorado, el impresionante espectáculo que se extiende ante su vista aviva la fantasía de la viajera, que confiesa que "hubiera querido bajar hasta el fondo de aquellos desfiladeros y seguir a caballo los caminos de don Lope de Cárdenas" (1967: 204), el explorador español que en 1540 dejó su nombre grabado allí.

Este interés por el pasado no merma la curiosidad por el presente y aun el futuro, por el mundo del progreso y el conocimiento, como sucede en el museo de Cabo Kennedy (271) y como puede apreciarse durante la visita al museo de Ciencias y Tecnología de Chicago, cuyo contenido -así como el ambiente que crean los numerosos visitantes- nos describe con detalle, pudiendo fácilmente deducir el lector lo que más impresionó a nuestra turista:

La sala de energía eléctrica y la de acústica está centrada por una reproducción en gran tamaño de un oído humano con todos sus innumerables conductos en cristal, para poder apreciar su funcionamiento. // En la sección de productos alimenticios está explicado todo desde su origen: patos que nacen en incubadoras a la vista del público; cerditos rosados, limpiísimos; corderos recién bañados, impolutos y vivos. Los niños ciudadanos [*sic*] contemplan todo aquello mudos de asombro. // En el departamento de Medicina pudimos penetrar en un enorme corazón, como si se tratase de la casa de un cuento, y hasta nos asomamos a las válvulas, aurículas y ventrículos. (1967: 86)

Junto a estas muestras de la historia, el arte, la cultura, la ciencia, etc. está el mundo si se quiere más prosaico del trabajo, pero no menos subyugante y real, espacios que explican la historia pasada y reciente del país y que ilustra otras tantas facetas de la vida cotidiana, desde el trabajo y el estudio al ocio. En Chicago visitará la fábrica de bizcochos y pasteles Sara Lee, narrando la prodigiosa gesta de un humilde panadero que "estudió el sistema de proteger los bollos con hielo seco y así comenzó el gran negocio de pastelería congelada que hoy se hace por los procedimientos modernísimos que yo pude ver" (1967: 78); las granjas agrícolas de Illinois, que le producen una extraña sensación, al "estar asomada a una valla como las tantas veces vistas en los westerns, contemplando cómo pacían y corrían las yeguas" (1967: 94); la fábrica de computadores I.B.M. en San Francisco; o la fábrica de aviones Douglas en Los Ángeles, desde donde recuerda otras visitas similares no narradas en su momento, como la que en Washington realiza a uno de los catorce centros de investigación que entonces tenía la N.A.S.A. en Estados Unidos, el Goddard Space Center, un nuevo mundo que la fascina y atrae porque apela directamente a nuestra fantasía:

Hay en el museo satélites y cohetes célebres por el valor de las averiguaciones que han aportado. [...] Hay satélites que transmiten las imágenes a los aparatos de televisión y son los que nos permitieron ver en Madrid, y en todo el mundo, las imágenes dramáticas de la muerte de Kennedy, casi en el momento en que sucedía. Hay satélites que se acercan a la luna y con sus antenas y sus cámaras deben de resultar seres más maravillosos que los marcianos de las novelas, y son absolutamente reales. [...] Sí. Desde hace años, un nuevo mundo poblado por estos seres espaciales se mece y gira sobre nuestras cabezas. Estos aparatos de colores diferentes y de formas entre caseras y fantásticas, son tan nuestros como el mundo de las nubes; estas especies de cunas o de alfileteros gigantes o sillones con hélices, giran en la atmósfera y obedecen órdenes que se les dan des-

de la tierra. Si todo esto me lo hubiesen contado siendo niña, me habría parecido más fantástico que cualquier cuento de brujas. Pero ahora lo fantástico se ha hecho casi prosaico a fuerza de convivencia con lo vulgar. (1967: 174-175)

Y es que "cerebros electrónicos, aviones, satélites, torres de lanzamientos espaciales, dejan convertida en una romanza tierna y puramente casera la palabra fantasía aplicada a los cuentos de los niños" (1967: 178), concluye.

Y si la vemos entusiasmada en este espacio propio de la ciencia ficción, igualmente vibrante y alegre se muestra y manifiesta Carmen Laforet al visitar otro mundo de la fantasía y la aventura: "Disneylandia merece verse", afirma nada más iniciar la crónica correspondiente, porque ese vasto espacio "es también el de los viajes por lugares exóticos. El viaje puede hacerse en <<submarinos>>, en barcos imitación de los primeros que navegaron por el Mississippi, o en carabelas, y desde luego en trenecitos" (1967: 165) que recorren el famoso parque. No deben sorprendernos las sensaciones y emociones que manifiesta la escritora porque entonces ese mundo era como un territorio recién inaugurado, y porque todo aquello, aunque "pueda parecer demasiado falso, demasiado ingenuo, está tan bien hecho, tan bien combinado, que resulta un verdadero descanso en una ciudad única" (1967: 166). Además, conviene destacar el particular punto de vista o perspectiva desde la que narra Carmen Laforet, que no es sólo el de una escritora sino también el de una madre:

Este mundo fantástico es claro, es comprensible, es realísimo y no produce mareo alguno ni siquiera a los que carecen de imaginación. Al mismo tiempo tampoco defrauda a quienes la tienen. // En el mundo fantástico en el que vivimos hoy día, en realidad un mundo más poblado de terrores e incomprendiones que el de las brujas y los duendes y los fantasmas de otros siglos, este mundo quimérico es como un respiro, como algo hogareño donde se descansa. (1967: 167)

Quizá como tributo a sus lectores, pero también por curiosidad y gusto personal, según se desprende de la lectura, estas crónicas prestan especial atención a las interrelaciones entre España y Estados Unidos, más allá de los años de la colonización religiosa y del ámbito de las misiones. Así, en Boise (Idaho), buscará ese otro pequeño País Vasco formado cuando en el siglo XIX se asentaron allí numerosos pastores que fueron llamando a sus familias y formaron una comunidad que, en 1965, Laforet estimaba que tenía unos once mil miembros.

La tierra americana no los ha fundido ni uniformado a través del paso de las generaciones. Sus caras, sus tipos, sus tradiciones y su primer lenguaje siguen siendo vascos. En Boise son muy apreciados socialmente y, aunque se trate de un recién llegado, si es vasco encuentra crédito en cualquier comercio. Me han contado con orgullo que nunca, en ningún suceso de tipo delictivo, el nombre de alguno de ellos se ha visto mezclado para nada. (1967: 127)

De igual modo, contará la historia de asturianos y cántabros asentados en San Agustín (Florida), y, por supuesto, no se olvidará de los pescadores canarios en Delacroix (Nueva Orleans), descendientes de náufragos españoles que se asentaron en esa pequeña isla situada en la desembocadura del Mississippi:

Los más viejos ni siquiera hablaban inglés y todos conservaban el deje de nuestras islas Canarias, y ninguno las había visto jamás. Ninguno de aquellos con quienes hablé había nacido en España, ni los más ancianos. El español con acento canario era como un idioma de tribu, de intimidad. En la isla Delacroix lo adquirirían por herencia y por matrimonio. (1967: 249)

Dentro de las limitaciones que condicionaron su viaje a USA, en su conjunto estas crónicas ofrecen una imagen bastante amplia y contrastada del país, combinando el reportaje y la información de carácter general con las impresiones y reacciones de la viajera ante la vida que descubre y observa, tan nueva en tantos aspectos. Y si ya a mitad de su periplo confiesa estar cansada al no tener otro reposo que las horas pasadas en el departamento del tren, el entusiasmo y la curiosidad nunca flaquean. Quizá por ello, cuando Ramón J. Sender le previene en estos términos,

después de una de estas invitaciones de Estados Unidos, uno queda deslumbrado. Los adjetivos maravilloso, fastuoso, lujoso, grandioso se escapan sin querer, porque no hay más remedio que emplearlos para expresar el impacto que produce la primera impresión de este país. Se sospecha que en Norteamérica atan los perros con longanizas y que las casas son de azúcar y turrón. Cuando se reside en el país, las cosas toman otras dimensiones, se ven con otra perspectiva distinta, aunque siempre grande. (1967:190)

Ella le da la razón, porque eso es justamente lo que está experimentando. Mas también le replica:

Usted no se acostumbraría ahora -le dije- a una vida tan áspera como es la de España para los escritores. Usted no se acostumbraría a sentirse perdido en las bibliotecas, a tener que buscar cualquier material de estudio como un guerrillero solitario entre libros. Tampoco se acostumbraría a nuestras envidias, enemistades, rencillas... (1967:190-191)

En cualquier caso, puede haber asombro y admiración en estas páginas, pero no abundan en ellas esos peligrosos adjetivos sobre los que le prevenía el escritor aragonés. Ni mucho menos maniqueísmo, dada la pluralidad de voces y miradas que recoge en ellas, enriqueciendo la visión y el juicio propios. De lo que no cabe duda es que esta experiencia estimuló a Carmen Laforet, que a partir de entonces emprenderá con frecuencia nuevos viajes por distintos países.

**BIBLIOGRAFÍA**

Laforet, Carmen (1967): *Paralelo 35*. Barcelona: Planeta.

Laforet, Carmen (2007): *Carta a Don Juan. Cuentos completos*. Prólogo de Carme Riera. Palencia: Menoscuarto.

Laforet, Carmen (2020): *Puntos de vista de una mujer*. Edición de Ana Cabello y Blanca Ripoll. Prólogo de Inés Martín Rodrigo. Barcelona: Destino.

Laforet, Carmen - Sender, Ramón J. (2003): *Puedo contar contigo. Correspondencia*. Edición de Israel Rolón Barrada. Barcelona: Destino.